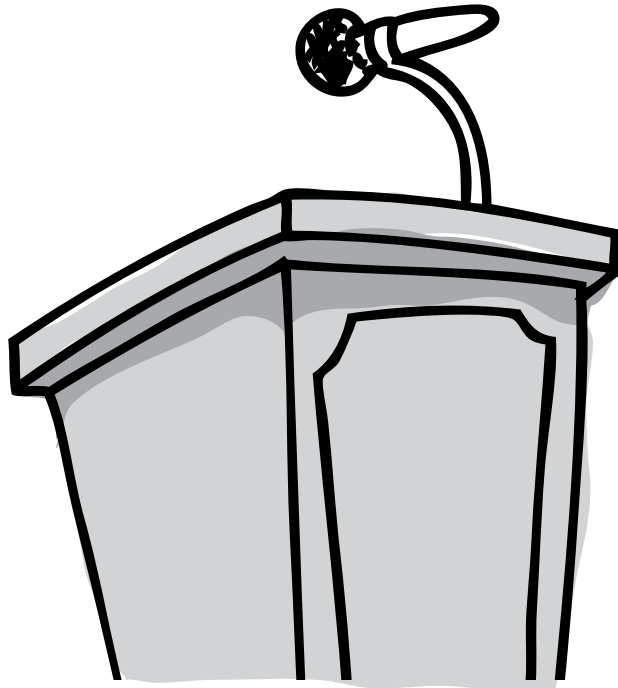


# ¿Por qué seguir en política?

*Fernando Galindo*



*Para Marcos Álvarez Malo  
y Rodolfo Bermejo*

Quien lleva varias décadas de participación en la política mexicana a través del PAN, se enfrenta de continuo con la pregunta sobre el sentido de su actuación: ¿por qué seguir?, ¿tiene sentido pertenecer al inmenso aparato que forma nuestra democracia partidista?, ¿vale la pena involucrarse en las desgastantes luchas de poder internas y externas?

La respuesta a tal pregunta es evidentemente personal. Corresponde a cada uno analizar sus talentos, intereses, defectos y deseos, para tomar dicha decisión. Sin duda no faltan elementos para abandonar un partido, cualquier partido, incluido el PAN. Vienen de inmediato a la mente personas honorables que, frustrados tras los resultados de ciertos procesos de elección más o menos democráticos, más o menos limpios, optaron por alejarse de la vida pública y separarse de la actuación partidista.

En muchos de estos casos no es difícil entender los sentimientos que acompañan tal decisión: desánimo, hartazgo, agotamiento e incluso coraje por haber visto pisoteados principios morales e ideales básicos. En México sobran ejemplos de políticos traicioneros, mentirosos, amantes de los excesos, el despilfarro, la prepotencia y el abuso de poder. Políticos que suelen hacer carreras largas y, de acuerdo con sus parámetros, exitosas.

Anonadados observamos cómo muchos de ellos demandan, además, el reconocimiento público; en un afán desmesurado de ganar en prestigio bautizan con su nombre hospitales, avenidas, callejones, plazas y todo aquello que se deje bautizar. Desean ser honrados y recordados precisamente por aquellos a quienes se han dedicado a explotar y robar. De cara a esta obscena corrupción que inunda y contamina la política mexicana a todos los niveles –lo mismo en

un comité municipal, que en diversos organismos juveniles, la Cámara de Diputados o alguna Secretaría-, no nos resulta obvio que el actuar personal influya para bien en el “sistema”.

Sumado a esto, la corrupción de nuestra escena pública alimenta una añeja y aún no del todo descalificada tradición de “huir de la política”. Desde esta perspectiva, el actuar político se considera algo demasiado sucio y peligroso para quien se precia de poseer una buena conciencia. Algo de verdad hay en esta posición, es un hecho que la clase gobernante en México ha sido durante años el refugio para la escoria de la sociedad, una especie de escuela de vicios.

Por otra parte, quienes así opinan olvidan que en ninguna democracia moderna existen partidos sin culpa, cuyos miembros nunca hayan sido seducidos por tentaciones aparejadas al ejercicio del poder. Quien ejerce el poder, en cualquier parte del mundo, se arriesga a abusar del poder y abusar de los otros. Tener poder implica de suyo moverse de modo permanente entre los delgados márgenes del actuar legítimo y el actuar opresivo. Negar esto implica desconocer la realidad de la vida pública, más aún, implica una visión ingenua de la condición humana.

Es claro que la política partidista no es el único medio para colaborar con el desarrollo de una sociedad justa y solidaria, sin embargo los partidos son el medio institucional más efectivo para acceder al gobierno. Es innegable el papel fundamental que el gobierno, a través de sus instituciones, sus leyes y las costumbres de quienes lo forman, ejerce en la sociedad. El gobierno es, en cierta forma, el gran educador en ciudadanía. El modo de ser de los ciudadanos refleja el modo de ser de su gobierno: leyes injustas, instituciones y funcionarios corruptos contagian sus vicios al resto de la población.

En el proyecto común de gestar una sociedad más justa y solidaria habrá que transformar eventualmente al gobierno y sus estructuras. Es imposible que exista una sociedad justa,

formada por ciudadanos libres e iguales, sin un gobierno justo.

Alejarse entonces de la política partidista, implica dejar el gobierno en manos de los peores; resignarse a la injusticia y a la transa; consentir con la arbitrariedad y el abuso de poder. Significa aceptar la expulsión de la vida pública, consentir que nos sea arrebatado el derecho que tenemos a tomar parte en la definición de las leyes e instituciones que regulan la vida en común. En última instancia significa recluirse en la prisión de la intimidad, limitar las aspiraciones de una vida plena al ámbito íntimo, a la acumulación de riqueza y al disfrute con la familia y el pequeño círculo de amistades. En cierta medida significa “pactar con el enemigo” y permitirle que haga lo que quiera, mientras no nos afecte en nuestra vida privada.

En particular, quienes llevan décadas en el PAN, si bien han dejado atrás los entusiasmos e ilusiones de la primera hora, poseen en su lugar otras cualidades, quizá menos espectaculares pero más nobles e importantes. Debido a estas cualidades es pertinente que dichas personas –los “mayores” o viejos o experimentados o como se les quiera llamar–, continúen en su vida partidista. Intentaré delinear algunas a continuación:

**Experiencia.** En la actuación política y en la vida en general, las personas normales contamos sólo con cuatro modos de aprender: el estudio, la reflexión personal, la conversación y las experiencias. En estos cuatro ámbitos, quienes han pasado más años en un partido político estarán, en la medida que hayan sido consecuentes con un ideal de justicia, más adelantados que el resto. De ahí que su visión sea más clara y amplia. La sabiduría política que se gana con los años no se puede comprar o producir de modo artificial; no es sustituible por medios técnicos ni la enseñan en maestrías de gestión pública.

La política no es una técnica, no es un conjunto de procedimientos que, aplicándose del modo adecuado, producen el resultado esperado. La política se ocupa de asuntos humanos, éstos

son esencialmente impredecibles y siempre novedosos. En cierto sentido la sabiduría política se encuentra contenida en los libros clásicos, de Platón a Rawls; pero ellos no ofrecen respuestas a quienes no formulan las preguntas adecuadas o no saben mirar; y a la mayoría de nosotros sólo los años nos enseñan a mirar y preguntar.

La experiencia política carece de reglas, recetas o dogmas; lo que ofrece son consejos, puntos de vista críticos, reparos frente a iniciativas descabelladas, en una palabra, sensatez. No en vano los antiguos asociaban la juventud con la insolencia y temeridad; la vejez, en cambio, con la medida y sensatez. Algunas paradojas de la vida pública sólo se comprenden y asimilan con el paso de los años.

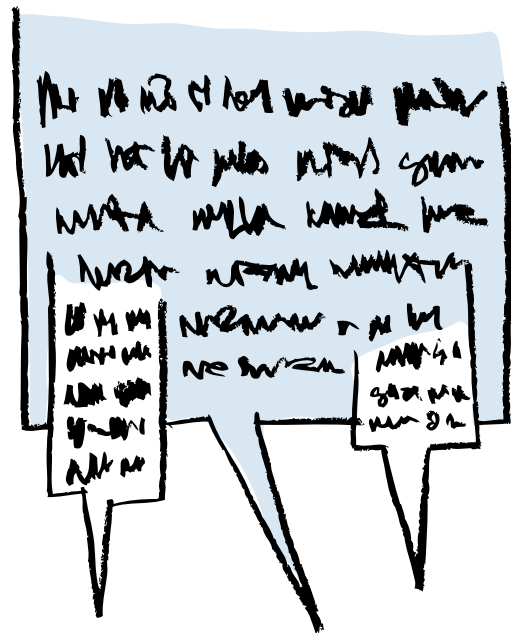
*Memoria, educación y libertad.* Por una parte la política tiene que ver con lo novedoso. Hemos dicho que los asuntos humanos son esencialmente novedosos y, habría que añadir, únicos. Por tanto, para un proyecto político institucional y, por ende de larga duración, es necesaria la continua renovación a través de la inclusión de personas jóvenes en años y en ideas. Por otra parte, de nada vale esta novedad si los motivos originales del proyecto, los ideales y principios que dieron lugar al partido, se dejan en el olvido. Un partido político que defiende una concepción de la vida pública justa y bien diferenciada, no tiene motivo para alterar los pilares de dicha concepción.

Ciertamente cada época presenta nuevos retos y exige formular nuevas vías de realización del proyecto, pero de la lealtad a los principios y a la concepción política originaria del partido depende su identidad y, de cara a los electores, su credibilidad. En este sentido, corresponde a “los mayores” recordar, salvaguardar, profundizar y transmitir la concepción que dio lugar al partido.

Una concepción política rica y noble, una por la que vale la pena trabajar y comprometerse, no es de fácil comprensión. No basta leer

un panfleto con diez puntos para entenderla o asistir a un cursillo de fin de semana. Nadie puede explicar y defender mejor la concepción política de un partido, que aquél o aquélla que ha pasado años en él. La memoria de “los mayores” es central para la formación política de los recién llegados.

En el caso particular del PAN, la transmisión de la memoria de los viejos es a la vez el modo más efectivo de mantener la vigilia permanente en aras de la libertad. Uno de los mayores problemas que la libertad acarrea es su comodidad. Para quien ha crecido disfrutando las mieles de la libertad cuesta trabajo mesurar lo que significa prescindir de ella. Dicho de otro modo,



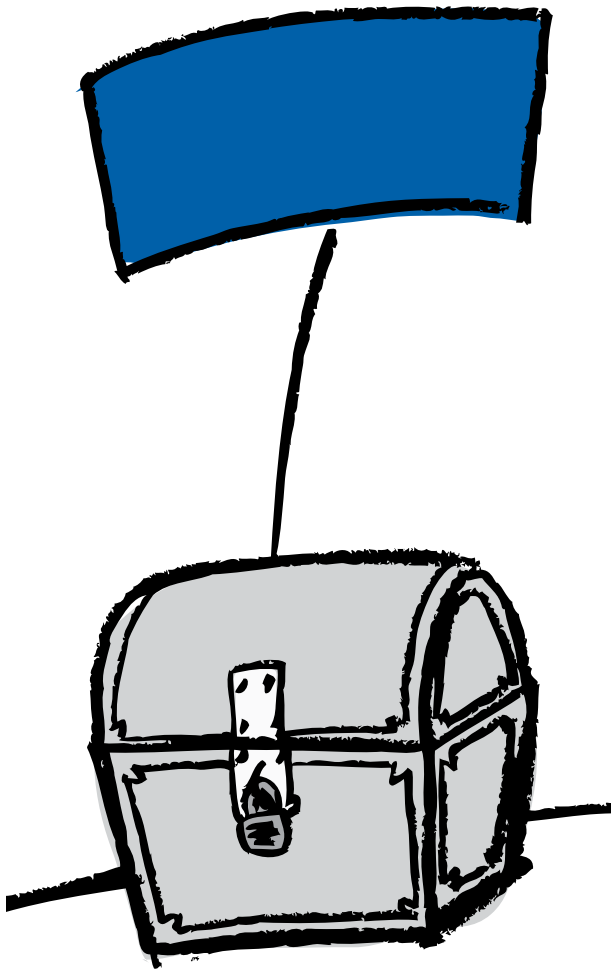
nadie valora y aprecia tanto la libertad como quien ha tenido que luchar para conquistarla. Aunque aún falta un muy largo camino por recorrer, las libertades civiles de que hoy disfrutamos en México son para muchos de nosotros un sobrentendido, a tal grado que no concebimos que sea posible perderlas. Pero basta mirar a Venezuela o Colombia para descubrir qué sucede cuando la clase política (todos los partidos) fallan en su función de fundar un orden democrático justo y estable. Necesitamos a los mayores para que nos recuerden el valor

Quienes han colaborado en muchas campañas (en sentido metafórico y literal), contribuyendo así a la radical transformación democrática de nuestro país en los años recientes, poseen en muchos casos una visión realista de las circunstancias actuales. Una visión igualmente ajena al pesimismo que a la ingenuidad.

Frente al extendido pesimismo que afirma la imposibilidad de cambio y mejora –pesimismo que, por cierto, cuando es practicado por personas cultural y económicamente privilegiadas raya en cinismo–, una visión realista reconoce también las carencias y errores, pero dentro de un balance más amplio que da cabida a logros y aciertos. Dicha visión realista se distingue también de la mera ingenuidad de pensar que todo marcha bien y que las decisiones tomadas por las autoridades de los partidos son siempre moralmente intachables y estratégicamente acertadas.

Por otra parte, dicha visión realista no excluye, más bien posibilita, una actitud de esperanza. De las mayores enseñanzas que deja una larga vida en la política es precisamente que en la política siempre hay esperanza, aunque la política no es la última esperanza. Es decir, ningún acontecimiento en la escena pública es tan perjudicial que cancele de tajo y para siempre un nuevo inicio; ningún caudillo es tan poderoso que sea capaz de arrancar a todos los ciudadanos el amor a la libertad; por ello siempre hay esperanza en la vida política. Pero la política no es la última esperanza, en tanto que no corresponde a ningún partido político asegurar la felicidad o la vida plena de sus ciudadanos. Los seres humanos poseemos un grado de autonomía tal, que nuestra realización no está sujeta exclusivamente a nuestros gobernantes y el modo en que ellos organicen la vida en común. Gracias a Dios, quisiera uno añadir.

Experiencia, memoria, educación, amor a la libertad, realismo y esperanza, son algunos de los tesoros que muchos añejos integrantes del PAN llevan consigo. Esperemos que sigan compartiéndolos con nosotros. **B**



de la libertad y para que nos señalen los peligros que, en nuestro país, la amenazan.

*Realismo y esperanza.* La sabiduría política, fruto de la experiencia que hemos mencionado, permite una postura frente a los acontecimientos actuales en apariencia contradictoria: una actitud a la vez de realismo y esperanza.